

el Oriente que un amante de la naturaleza y de la soledad debería elegir para pasar los inviernos. El clima es la transición mas indecisa entre los desiertos abrasadores del Egipto y las lluvias de la costa de Siria, en otoño. Si yo fuera dueño de elegir mi residencia, habitaria el pié del Líbano, Saide, Berut ó Latakié en primavera y otoño; las alturas del Líbano durante los calores del verano, refrescados por los vientos del mar, por el soplo que sale del valle de los cedros y por la cercanía de las nieves; y en invierno, los jardines de Jafa. Jafa tiene en su cielo y en su suelo un no sé qué de mas grandioso, mas solemne y mas colorado que ninguno de cuantos sitios he recorrido. Allí la vista no se posa mas que sobre un mar sin límites y azul como su cielo; sobre los inmensos arenales del desierto de Egipto, donde solo corta de trecho en trecho el horizonte el perfil de un camello que avanza ondeante como una ola; y sobre las verdes y amarillas cimas de los innumerables bosques de naranjos que se apiñan al rededor de la ciudad. Todos los trages de los habitantes ó de los viajeros que animan sus caminos son pintorescos y estraños; ya se ven beduinos de Jericó ó de Tiberiades, embozados en su gran manta de lana blanca; ya Armenios con largas ropas listadas de azul y blanco; ya judíos de todas las partes del globo y con todos los vestidos del mundo, caracterizados solamente por sus largas barbas y por la

nobleza y magestad de sus facciones; — pueblo-rey, mal habituado á su esclavitud, y en cuyas miradas se descubre el recuerdo y la seguridad de grandes destinos, detras de la aparente humillacion de la apostura y de la decadencia de la situación presente; ya soldados egipcios con chaquetas coloradas, y enteramente semejantes á nuestros quintos franceses por la vivacidad de los ojos y la rapidez del porte: se ve que el genio y la actividad de un grande hombre se han comunicado á ellos y los animan para un objeto desconocido: — en fin, agás turcos que pasan altaneros por el camino, montados en caballos del desierto y seguidos de árabes y de esclavos negros; — pobres familias de peregrinos griegos sentados en la esquina de una calle, comiendo en una cuenca el arroz ó la cebada cocidos, que economizan para llegar hasta la ciudad santa; — y pobres mugeres judías, medio vestidas, sucumbiendo bajo la enorme carga de un saco de andrajos, y arreando borricos cuyos dos canastos á modo de aguaderas van llenos de chiquillos de todas edades: — pero volvamos á nosotros.

Caminábamos alegremente, probando á veces la velocidad de nuestros caballos contra la de los que montaban los señores Damiani, y los hijos del vice-cónsul de Cerdeña. Estos dos jóvenes, hijos de un rico comerciante árabe de Ramla, establecido ahora en Jafa, habian querido acompañarnos hasta Ramla, y por la mañana habian enviado sus

esclavos para prepararnos la casa de su padre y la cena. Seguianos ademas otro personage que se habia agregado voluntariamente á nuestra caravana y que nos sorprendió por la estraña magnificencia de su traje europeo:—era un jovencito de veinte á veinticinco años, de cara jovial y grotesca, pero que parecia listo y travieso. Llevaba un inmenso turbante de muselina amarilla, un casacon verde á la antigua, con cuello derecho y anchos faldones, bordados de grandes galones en todas las costuras; pantalones muy estrechos de terciopelo blanco, y botas de campana adornadas con un par de espuelas con cadenillas de plata. Llevaba una cuchilla turca, y un par de pistolas con embutidos de plata le salian del cinto sobre el pecho.

Habia salido de Italia en su niñez, é impelido á Egipto por no sé qué oleada de la fortuna, hallábase, hacia algunos años, en Jafa ó en Ramla ejerciendo su arte en las montañas de Judea á espensas de los jeques y de los beduinos. Su conversacion nos divirtió mucho, y de buena gana me le hubiera llevado conmigo á Jerusalem, y á las montañas del mar Muerto, que parecia conocer perfectamente; pero habiendo vivido muchos años en el Oriente, habia contraido el invencible terror de la peste habitual en los francos, y ninguna de mis ofertas consiguió seducirle.

En tiempos de peste, me dijo, ya no soy médico;

no conozco contra ella mas que un remedio, que es huir bastante aprisa, bastante lejos, y estar ausente bastante tiempo para que no pueda alcanzarle á uno el mal. Parecia que nos miraba con lástima, como á víctimas predestinadas á ir á buscar la muerte en Jerusalem; y de tantos como éramos, á muy pocos esperaba ver de regreso.—Hace algunos dias, me dijo, me hallaba en Acre; un viagero que volvia de Belen llamó á la puerta del convento de los padres de S. Francisco; le abrieron: eran siete. Dos dias despues, las puertas del convento estaban tapiadas por orden del gobernador; el peregrino y los siete religiosos habian muerto en veinticuatro horas.

Empezábamos ya á divisar la torre y los minaretes de Ramla que se alzaban delante de nosotros de en medio de un bosque de olivos cuyos troncos son tan gruesos como los de nuestros mas añosos robles.

Ramla, antiguamente Rama Efraim, es la antigua Arimatia del Nuevo Testamento; contiene sobre dos mil familias. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, fundó en ella un convento latino que todavía subsiste; los armenios y los griegos poseen tambien en esta ciudad un convento para socorro de los peregrinos de sus naciones que van á la Tierra Santa. Las antiguas iglesias han sido convertidas en mezquitas; en una de estas se halla la sepultura de mármol blanco del mameluco Ayud-Bey,

que huyó de Egipto á la llegada de los franceses, y murió en Ramla. Al entrar en el pueblo, nos informamos de si ejercia ya en él la peste sus estragos: dos religiosos recién llegados de Jerusalem, acababan de morir el mismo dia: el convento estaba en cuarentena. Nuestros nuevos amigos de Jafa nos llevaron á su casa, situada en medio de la ciudad. Un árabe, antiguo calderero, segun dicen, pero amable y excelente sugeto, habitaba la mitad de aquella casa y ejercia las funciones de agente consular por no sé qué nacion de Europa, lo que le autorizaba á tener una bandera europea sobre el tejado de su casa, que es la mas segura salvaguardia contra las tropelías de los turcos y de los árabes. Una excelente cena nos estaba aguardando; tuvimos el placer de hallar sillas, camas, mesas y todos los utensilios de Europa, y todavía nos llevamos una provision de pan tierno que debimos á la bondad de nuestros huéspedes. A la mañana siguiente, nos despedimos de todos nuestros amigos de Jafa y de Ramla, y partimos escoltados solamente por nuestros ginetes y nuestros peones egipcios. En este orden establecí la marcha de nuestra caravana: dos ginetes nos precedian á unos cincuenta pasos para apartar á los árabes ó á los peregrinos judios que hubiéramos podido hallar, y tenerlos á cierta distancia de nuestros hombres y de nuestros caballos;— á derecha é izquierda, á nuestros costados, iban los soldados á pié: nosotros

caminábamos uno á uno en hilera, sin romper la fila, llevando los bagages en medio: un puñado de nuestros mejores ginetes formaba la retaguardia, con orden de no dejar ni hombre ni mulo rezagado. A la vista de un cuerpo de árabes sospechosos, la caravana debia hacer alto y formarse en batalla, mientras que los ginetes, los intérpretes y yo iríamos á efectuar un reconocimiento: de este modo poco teníamos que temer de los beduinos y de la peste, y debo decir que nuestros soldados egipcios, nuestros ginetes turcos y mis propios árabes, observaron este orden de marcha con un escrúpulo de obediencia y atencion que hubiera hecho honor al cuerpo mejor disciplinado de Europa: por espacio de mas de veinticinco dias de camino le conservamos, y en las posiciones mas embarazosas. Ninguna reprimenda tuve que dirigir á nadie, y á estas medidas debimos nuestra salvacion.

A poco de ponerse el sol, llegamos al cabo de la llanura de Ramla, junto á una fuente labrada en la peña, que riega un pequeño sembrado de calabazas silvestres. Estábamos al pié de las montañas de Judea; un vallecito, de unos cien pasos de anchura, se abria á nuestra derecha; bajamos á él:— allí empieza el dominio de los árabes bandoleros de aquellas montañas. Como la noche se acercaba, conceptuamos prudente sentar nuestro campamento en aquel valle y plantamos nuestras tiendas á

unos doscientos pasos de la fuente. Pusimos una avanzadilla en un cerro que domina el camino de Jerusalem, y mientras nos disponian la cena, fuimos á cazar perdices por unos collados inmediatos: matamos algunas, é hicimos levantarse, del seno de las peñas, una multitud de pequeñas águilas que las habitan: alzábanse girando y gritando sobre nuestras cabezas, y volvían sobre nosotros despues que habíamos disparado sobre ellas. Todos los animales tienen miedo del fuego y de la esplosion de las armas; solo el águila parece que las desdeña y juega con el peligro, ya porque le desconozca, ya porque le desprecie. Desde lo alto de uno de estos collados, he admirado la pintoresca perspectiva de nuestro campamento, con nuestros piquetes de ginetes árabes sobre el cerro, nuestros caballos atados aquí y allí al rededor de nuestras tiendas, nuestros camelleros sentados en el suelo y ocupados en limpiar nuestros arneses y nuestras armas, y la llama de nuestra lumbrada, clareándose al trasluz de la lona de una de nuestras tiendas y ecshalando su leve humo azul en columna que inclinaba el viento. ¡Cuánto me gustaria esta vida nómade bajo un cielo como este, si pudiese uno llevar consigo á todos los que ama y echa de ménos en la tierra! La tierra entera pertenece á los pueblos pastores y errantes como los árabes de Mesopotamia. Mas poesía hay en uno de sus dias que en años enteros de nuestras vidas de las ciudades.

Pidiendo demasiadas cosas á la vida civilizada, el hombre se clava á la tierra, y no puede desprenderse de ella sin perder esas innumerables superfluidades que la costumbre ha convertido para él en necesidades. Nuestras casas son cárceles voluntarias. Yo quisiera que la vida fuese un viage sin fin, como este; y si no me ligasen á Europa íntimos afectos, le continuaria cuanto alcanzasen mis fuerzas y mis facultades.

Estábamos en los confines de las tribus de Efrain y de Benjamin. El pozo junto al cual estaban alzadas nuestras tiendas, se llama todavía el Pozo de Job.

Salimos ántes de amanecer: seguimos, por espacio de dos horas, un valle angosto, estéril y pedregoso, célebre por las fechorias de los árabes. Este es, de todas las cercanías, el sitio mas espuesto á sus embestidas, á él pueden llegar por una multitud de vallecitos sinuosos, ocultos por la espalda de las colinas desiertas, ponerse de emboscada detras de las peñas y de los arbustos, y caer de improviso sobre las caravanas. El célebre Abugosh, caudillo de las tribus árabes de estas montañas, tiene la llave de estos desfiladeros que coducen á Jerusalem; los abre y los cierra á su arbitrio, y tiraniza á los viajeros. Su cuartel general está á pocas leguas de nosotros, en la aldea de Jeremías. A cada instante nos aguardamos á ver asomar sus ginetes:—á nadie hallamos, escepto á un jóven aga,

pariente del gobernador de Jerusalem, montado en una yegua hermosísima, y acompañado de siete ó ocho ginetes. Saludónos cortesmente, y se hizo à un lado con su comitiva para dejarnos pasar, sin tocar à nuestros caballos ni à nuestros vestidos.

A cosa de una hora de Jeremías, el valle se estrecha todavía mas, y el camino está cubierto de árboles. Allí hay una antigua fuente y los restos de un kiosko arruinado; se sube durante una hora por un sendero escarpado y desigual, labrado en la peña, en medio de los bosques, y de repente ve uno à sus piés la aldea y la iglesia de Jeremías, en el reverso de la colina. La iglesia, ahora mezquita, parece haber sido construida con magnificencia en tiempo del reino de Jerusalem, bajo los Lusíñanes: el pueblo se compone de cuarenta ó cincuenta casas, bastante espaciosa, suspendidas en la vertiente de los collados que ciñen el valle. Algunas higueras diseminadas y varias viñas, anuncian una especie de cultivo: vemos rebaños esparramados alrededor de las casas: algunos árabes, vestidos con magníficos caftanes, fuman sus pipas en la azotea de la casa principal, à cien pasos del camino por donde bajamos: de quince à veinte caballos, ensillados y embridados, están atados en el patio de la casa. Apenas nos ven los árabes, bajan de la azotea, moutan à caballo y se dirigen hácia nosotros à paso corto: nos encontramos en una gran plaza

inculta, que hace frente al pueblo, y que dan sombra cinco ó seis hermosas higueras.

Eran el famoso Abugosh y su familia: adelantóse solo con su hermano hácia mí: su comitiva se quedó detras: al instante mandé tambien pararse à la mia, y me acerqué con mi intérprete. Despues de los saludos de costumbre y de los interminables cumplimientos que preceden à toda conversacion con los árabes, preguntóme Abugosh si no era yo el emir franco que su amiga, lady Stanhope, la reina de Palmira, habia puesto bajo su proteccion, y en cuyo nombre le habia enviado la soberbia chaqueta de paño de oro que llevaba puesta, y que me enseñó con orgullo y gratitud. No tenia yo noticia de aquella dádiva de lady Stanhope hecha en mi nombre tan bondadosamente; pero respondí que era en efecto el estrangero que aquella ilustre señora habia confiado à la generosidad de sus amigos de Jeremías; que iba à visitar toda la Palestina, donde estaba reconocido el dominio de Abugosh, y que le suplicaba que espidiese las órdenes necesarias para que no tuviese lady Stanhope reconvencion alguna que hacerle. Oido esto, apeóse de su caballo, igualmente que su hermano; llamó à varios ginetes de su séquito y los mandó que trajesen esteras, alfombras y cogines, que hizo tender à la sombra de una corpulenta higuera, en el campo mismo en que estábamos, y nos rogó con tan vivas instancias que nos apeásemos tambien y nos sen-

tásemos en aquel rústico divan, que nos fué imposible negarnos á complacerle. Como habia peste en Jeremías, Abugosh, que sabia que los europeos estaban en cuarentena, cuidó de no tocar nuestros vestidos, y estableció su divan y el de sus hermanos en frente de nosotros, á cierta distancia; por nuestra parte solo aceptamos las esteras, porque se asegura que no comunican el contagio. Trajeron café y sorbetes. Tuvimos una conversacion bastante larga todos en general; luego me suplicó Abugosh que mandase á mi gente retirarse, y él hizo lo mismo con la suya, para comunicarme algunos informes secretos que no puedo repetir aquí. Despues de haber hablado así algunos minutos, hicimos que se acercasen nuestras respectivas comitivas.

—¿Conocen mi nombre en Europa? me preguntó.

—Sí, le respondí; unos dicen que sois un bandido, que roba y mata las caravanas, que reduce á esclavitud á los francos y es un feroz enemigo de los cristianos; otros aseguran que sois un príncipe valiente y generoso, que reprime los robos de los árabes de las montañas, da seguridad á los caminos, protege á las caravanas y es el amigo de todos los francos que merecen su amistad.

—¿Y vos, me dijo riendo, qué diréis de mí?

—Diré lo que he visto, le respondí, que sois tan poderoso y hospitalario como un príncipe de los francos; que os han caudado, y que mereceis

tener por amigos á todos los europeos, que como yo, han experimentado vuestra bondad y la proteccion de vuestro alfange.

Abugosh pareció encantado de oír estas palabras: su hermrna y él me hicieron una multitud de preguntas acerca de los usos de los europeos, sobre nuestros trages y sobre nuestras armas, que admiraban mucho, y luego nos despedimos. En el momento de separarnos, mandó á un sobrino suyo y á algunos de sus ginetes que se pusiesen á la cabeza de nuestra caravana y no se moviesen de mi lado en todo el tiempo que me detuviese en Jerusalem ó en las cercanías:—dile las gracias y seguimos adelante.

Abugosh reina de hecho sobre unos cuarenta mil árabes de las montañas de la Judea, desde Ramla hasta Jerusalem, desde Hebron hasta las montañas de Jericó: este dominio, que se ha perpetuado en su familia hace algunas generaciones, no tiene mas título que su mismo poderío. En Arabia, no se discute el origen ó la legitimidad del poder; se le reconoce y se le acata miéntras eesiste. Una familia es mas antigua, mas numerosa, mas rica, mas valiente que las otras; el gefe de esta familia adquiere naturalmente mas influjo sobre la tribu; la tribu misma, mejor gobernada, mas hábil ó valerosamente conducida á la guerra, llega á ser dominante sin oposicion: tal es el ori-

gen de todas esas supremacías de gefes y de tribus que en todas partes se reconocen en Asia. El poder se forma y se conserva como una cosa natural: todo emana de la familia, y una vez reconocido y patentizado en las costumbres y en los hábitos, el hecho de aquel ascendiente, nadie le disputa; la obediencia es en cierto modo filial y religiosa: Es preciso que ocurran grandes sucesos é inmensos infortunios para derribar á una familia; y esta nobleza, por decirlo así voluntaria, se conserva durante siglos. No se comprende bien el régimen feudal sino despues de haber visitado estos países; aquí se ve como se formaron, en la edad media, todas aquellas familias, todos aquellos poderes locales que reinaban sobre castillos, sobre aldeas, sobre provincias. Este es el primer grado de la civilizacion: á medida que la sociedad se perfecciona, poderes mas grandes absorben esos pequeños poderes; los ayuntamientos nacen para proteger el derecho de las ciudades contra el ascendiente, ya en decadencia, de las casas feudales. Elévanse los grandes tronos que destruyen á su vez todos los privilegios municipales sin utilidad; luego vienen las otras fases sociales cuyos fenómenos son innumerables y no nos son aún todos conocidos.

Pero mucho nos hemos separado de Abugosh y de su pueblo de bandidos organizados. Su sobrino iba delante de nosotros por el camino de Jerusalem. A cosa de una milla de Jeremias, dejó

el camino y torció á la derecha, por unos senderos de peñascos que surcan una montaña cubierta de mirtos y de terebintos, que seguimos. Las noticias de Jerusalem que nos habia dado Abugosh eran de tal naturaleza que habia para nosotros imposibilidad absoluta de entrar en aquella ciudad, donde por instantes aumentaba la peste; todos los dias morian de sesenta á ochenta personas: todos los hospicios, todos los conventos estaban cerrados. Habiamos tomado la resolución de ir primeramente al desierto de San Juan Bautista, á cosa de dos leguas de Jerusalem, en las montañas mas escarpadas de la Judea, pedí allí un asilo de algunos dias en el convento de los religiosos latinos que residen en aquella soledad, y obrar luego con arreglo á las circunstancias, y aquel camino era el que nos hacia tomar Abugosh. Despues de haber andado unas dos horas por caminos horrorosos y bajo un sol abrasador, hallamos á la espalda de la montaña una fuentequilla y la sombra de algunos olivos, donde hicimos alto. ¡El sitio era sublime! dominábamos el negro y profundo valle de Terebinto, donde David, con su honda, mató al gigante filisteo. La posicion de los dos ejércitos está á tal punto descrita en la circunscripción del valle y en el declive y la disposición del terreno, que no puede la vista titubear. El torrente en seco, en cuya orilla cogió David la piedra, trazaba su línea blanquecina en medio del angosto valle, y

señalaba, como en la narracion de la Biblia, la separacion de los dos campamentos. Yo no llevaba ni una Biblia, ni un viage á la mano, ni nadie para darme la clave de los sitios y el nombre antiguo de los valles y de las montañas, pero mi imaginacion de niño se habia representado tan vivamente y con tanta verdad la forma de los sitios, el aspecto físico de las escenas del Viejo y del Nuevo Testamento, con el testo y las estampas de los libros sagrados, que al instante reconocí el valle de Terebinto y el campo de batalla de Saúl. Cuando llegamos al convento, los padres no hicieron mas que confirmarme la esactitud de mis previsiones. Mis compañeros de viage no podian creerlo: lo mismo me habia sucedido en Séfora, en medio de las colinas de Galilea, donde señalé con el dedo y designé por su nombre un cerro coronado por un castillo ruinoso, como el sitio probable del nacimiento de la Virgen.

Al dia siguiente me sucedió tambien lo mismo con la morada de los Macabeos en *Modin*; pasando al pié de una árida montaña en cuya cima se se veian algunos restos de un acueducto, reconocí la sepultura de los últimos grandes ciudadanos del pueblo judío, y decia la verdad sin saberlo. La imaginacion del hombre es mas verdadera de lo que se cree; no siempre construye con sueños, ántes bien procede por medio de asimilaciones ins-

tintivas de cosas y de imágenes que le dan resultados mas seguros y mas evidentes que la lógica y la ciencia. Escepto los valles del Líbano, las ruinas de Balbek, las orillas del Bósforo en Constantinopla, y el primer aspecto de Damasco, desde lo alto del anti-Líbano, casi nunca he hallado un sitio ó una cosa cuya primera visita no fuese para mí como un recuerdo! ¿Hemos vivido dos veces ó mil veces? ¿no es acaso nuestra memoria mas que un espejo empañado que reaviva el soplo de Dios? ¿O bien tenemos en nuestra imaginacion, la facultad de presentar y de ver ántes de que veamos realmente? ¡Problemas sin solucion!

A las dos de la tarde, bajamos las escarpadas pendientes del valle de Terebinto, pasamos en seco el cauce del torrente, y subimos por escaleras labradas en la peña, á la aldea árabe de San Juan Bautista, que vemos delante de nosotros. Algunos árabes, de fisonomía feroz, nos miran desde las azoteas de sus casas; los niños y las mugeres se agolpan en derredor nuestro en las estrechas calles del pueblo; los religiosos asustados por el tumulto que ven desde lo alto de su tejado, por el número de caballos y de nuestros hombres y por la idea de la peste que les llevamos, se niegan á abrir las puertas de hierro del monasterio. Volvemos atras para ir á acamparnos en una colina inmediata á la aldea, maldiciendo la dureza de corazon de los frailes, y envío



á mi dragoman á parlamentar de nuevo con ellos y á dirigirles las reconvenções que merecen. Entre tanto, la poblacion toda entera sale de las casas; los jeques nos rodean y mezclan sus ásperos gritos á los relinchos de nuestros caballos asustados; una horrible confusion reina en nuestra caravana: amartillamos nuestras escopetas. El sobrino de Abugosh, subido en el tejado inmediato al convento, se dirige ora á los religiosos, ora al pueblo; al cabo obtenemos por capitulacion la entrada en el convento: una pequeña puerta de fierro se abre para nosotros; pasámos encorvándonos uno á uno; despues de descargar nuestros caballos, que hacemos pasar detras de nosotros. El sobrino de Abugosh y sus ginetes árabes se quedan fuera y se acampan á la puerta; los religiosos, pálidos y turbados tiemblan de tocarnos; los tranquilizamos dándoles nuestra palabra de que no hemos comunicado con nadie desde Jafa, y de que no entraremos en Jerusalem miétras estemos en el asilo que nos conceden. Con esta seguridad los semblantes irritados se serenán; nos introducen en los espacios corredores del monasterio; cada uno de nosotros es conducido á una celdilla provista de una cama y de una mesa, y adornada con algunas estampas españolas de asuntos devotos. Hacen que se acampen nuestros soldados, nuestros árabes y nuestros caballos en un huerto inculto del convento;

les tiran la cebada y la paja por encima de las tapias; matan para nosotros, en la calle carneroe y un becerro, enviados de regalo por Abugosh, y miétras mi cocinero árabe prepara, con los hermanos legos, nuestra comida en la cocina del convento, cada uno de nosotros va á descansar algunos instantes en su celda, refrescada por la brisa de las montañas, ó á contemplar la estraña vista que rodea el monasterio.

El convento de San Juan en el desierto es una dependencia del convento latino de la Tierra Santa en Jerusalem; aquellos religiosos que por su edad, sus achaques ó su aficion al retiro consienten gustosos en hacerse cenobitas, son enviados á esta casa. La fábrica es grande y hermosa, y está rodeada de huertas talladas en la peña, de patios, de lagares para hacer el escelente vino de Jerusalem: unos veinte religiosos habria cuando fuimos; casi todos eran españoles muy viejos que habian pasado la mayor parte de su vida en el ejercicio de las funciones de cura, ya en Jerusalem, ya en Belen, ya en las demas ciudades de Palestina. Algunos eran novicios recién llegados de sus conventos de España; los ocho ó diez dias que pasamos con ellos nos dejaron la mejor impresion de su carácter, de su caridad y de la pureza de su vida. El padre superior, sobre todo, es el mas cumplido dechado de las virtudes de un cristiano; sencillez, man-

sedumbre, humildad, paciencia inalterable, complacencia siempre halagüeña, celo siempre oportuno, infatigables desvelos por los hermanos ó los estrangeros sin acepcion de clase ó de riqueza, fé natural, militante y contemplativa juntamente; serenidad de humor, de palabra y de semblante que ninguna desazon podia nunca alterar:—es uno de aquellos raros ejemplos de lo que puede producir la perfeccion del principio religioso sobre el alma de un hombre:—el hombre no existe en él mas que en su forma visible:—el alma está ya trasformada en algo sobrehumano, angélico, deificado, que huye de la admiracion pero que la arranca. Todos quedamos igualmente pasmados, amos y criados, cristianos y árabes, de la santidad comunicativa de aquel escelente religioso: parecia que su alma se habia derramado sobre todos los padres y los hermanos del convento, porque, en grados diferentes, admiramos en todos un poco de las prendas del superior; y aquella casa de caridad y de paz nos ha dejado un recuerdo indeleble. El estado monacal, en la época en que vivimos, ha repugnado siempre profundamente á mi inteligencia y á mi razon; pero el aspecto del convento de San Juan Bautista seria muy propio para destruir estas repugnancias si no fuera una escepcion, y si lo que es contrario á la naturaleza, á la familia, á la sociedad, pudiese nunca ser una institucion justificable. Los conventos de la Tierra Santa no están

sin embargo en este caso; son útiles al mundo por el asilo que ofrecen á los peregrinos de Occidente, por el ejemplo de las virtudes cristianas que pueden dar á los pueblos que desconocen aquellas virtudes; en fin, por las relaciones que ellos solos conservan entre ciertas partes de Oriente y las naciones de Occidente.

Despertáronnos los padres hácia el anochecer para llevarnos al refectorio donde sus criados y los nuestros nos habian dispuesto la comida. Esta comida, como la de todos los dias que pasamos en aquel convento, consistia en tortillas, pedazos de carnero ensartados en un pincho de hierro y asados, y en *piló* de arroz. Diéronnos por primera vez, escelente vino blanco de los viñedos de las cercanías, único vino que se conoce en Judea. Los padres del desierto de San Juan Bautista son los únicos que saben hacerle, y ellos abastecen á todos los conventos de Palestina; compré un barrilito que envié á Europa. Durante la comida, todos los religiosos se paseaban en el refectorio, hablando con nosotros; el padre superior cuidaba de que nada nos faltase, nos servia muchas veces con sus propias manos, é iba á buscar, en las alacenas del convento, los licores, el chocolate y todas las golosinas que le quedaban de la remesa del último buque que habia llegado de España. Despues de la cena, subimos con ellos á las azoteas del mo-

monasterio, que es el paseo habitual de los religiosos en tiempo de peste, y así suelen estarse encerrados durante algunos meses del año;—por lo demás, nos decían, esta reclusion nos es menos dura de lo que vdes. creen, porque nos autoriza á cerrar nuestras puertas de hierro á los árabes del país, que siempre nos están importunando con sus visitas y sus pedigueñerías. Cuando no hay cuarentenas, siempre está el convento atestado de esos hombres insaciables, y preferimos la peste á la necesidad de verlos.

Luego que los conocí, comprendí perfectamente aquella preferencia.

La aldea de San Juan del desierto está situada sobre un cerro rodeado por todos lados de profundos y sombríos valles cuyo fondo no se alcanza á distinguir: las laderas de estos valles, que por todas partes hacen frente á las ventanas del convento, están tajadas casi perpendicularmente en el peñasco gris que les sirve de base. En estos peñascos se ven hondas cavernas labradas por la naturaleza, y que los solitarios de los primeros siglos ahondaron todavía mas para vivir en ellas como las águilas ó las palomas. De trecho en trecho en pendientes un poco ménos ásperas, se ven algunos plantíos de viñas que se alzan sobre los tróncos de pequeñas higueras y caen rastreando sobre la roca. Tal es el aspecto de todas estas so-

ledades. Una tinta gris, salpicada de manchas verdes amarillentas, cubre todo el paisaje; desde el tejado del convento, la vista se estiende en todas direcciones sobre abismos sin fondo; algunas pobres casas de árabes mahometanos y cristianos están agrupadas sobre los peñascos, á la sombra del monasterio. Estos árabes son los hombres mas feroces y pérfidos del mundo; reconocen la autoridad de Abugosh. El nombre de Abugosh hace temblar á los frailes, quienes no podian comprender por qué poder de seduccion ó de autoridad nos habia recibido tan bien aquel caudillo y dádonos por guia su propio sobrino; sospechaban en esto alguna gran combinacion diplomática, y no cesaban de pedirme mi proteccion cerca del tirano de sus tiranos. Recogímonos al caer la noche y seguimos paseando largo rato por el corredor del convento en dulces pláticas con el escelente superior y los buenos padres españoles. Todo les cogia de nuevo; ninguna noticia de Europa penetra en aquellas inaccesibles montañas. No podian comprender la nueva revolucion francesa:—en fin, decían, con tal que el rey de Francia sea católico y que la Francia siga protegiendo los conventos de la Tierra Santa, todo va bueno. Hiciéronnos ver su iglesia, lindísima navecilla, construida en el sitio donde nació el precursor de Cristo, y adornada con un órgano, como tambien con varios cuadros medianos de la escuela española.

Al día siguiente no pudimos resistir al deseo de echar á lo méuos desde lejos una mirada sobre Jerusalen.

Hicimos nuestras condiciones con los padres; convínose en que dejaríamos en el monasterio una parte de nuestra gente, de nuestros caballos y de nuestros bagages; en que no llevaríamos con nosotros mas que los ginetes de Abugosh, los soldados egipcios y los criados árabes, indispensables para cuidar nuestros caballos de montar; en que no entraríamos en la ciudad; en que nos limitaríamos á darle la vuelta, evitando todo contacto con los habitantes; en que dado caso de que, por cualquier accidente,uviésemos con ellos algun contacto, no escigiríamos volver á entrar en el convento, retirariamos nuestros efectos y nuestra gente, y nos acampariamos en las cercanias de Jerusalen. Aceptadas estas condiciones y sin mas prenda que nuestra palabra y nuestra veracidad, nos pusimos en marcha.

## JERUSALEN.

El 28 de Octubre, salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan Bautista. Esperamos la aurora á caballo, en el patio del convento, rodeado de altas tapias, para no comunicar, en las tinieblas, con los árabes y los turcos apestados del pueblo y de Belen. A las cinco y media nos ponemos en camino; subimos una montaña toda sembrada de enormes rocas grises, apiñadas unas sobre otras, como si las hubiera partido un martillo.—Algunas vides rastreras, cuyas hojas ha amarilleado el otoño, se ven en pequeños campos desmontados en los intervalos de los peñascos, y enormes torres de piedras, semejantes á aquellas de que habla el *Cantar de los cantares*, se alzan en estas viñas;—multitud de higueras, cuya cima está ya despojada de hojas, rodean estos viñedos, y dejan caer sus negros higos sobre la roca.